

Turismo histórico por la sierra de Javalambre

Las Jornadas de la Guerra Civil acaban con una visita a la línea fortificada que protegía Valencia

TERUEL. La carretera de acceso a las pistas de esquí de Javalambre serpentea, a más de 1.500 metros de altitud, entre pinares y peñascos. Junto a la estrecha calzada se aprecian restos de trincheras y, un poco más lejos, aparecen hasta quince refugios construidos en 1938 por la República. Se trata de los vestigios de la línea de fortificaciones X-Y-Z, un desesperado intento de frenar el imparable avance franquista y de proteger la capital gubernamental, Valencia. Los abundantes y, relativamente, bien conservados restos de aquella cadena de parapetos, búnqueres, refugios y trincheras fueron recorridos ayer por la excursión que cerró las V Jornadas sobre la Guerra Civil, celebradas esta semana y organizadas por la Asociación Batalla de Teruel (Abate).

Un centenar de personas recorrió las zanjas y fortificaciones que salpican la sierra de Javalambre, construidas a toda prisa con medios rudimentarios y en un marco inhóspito por la altitud, la accidentada orografía y la climatología adversa. El autobús fletado por la organización de las Jornadas se llenó hasta la bandera y varios coches se sumaron a la expedición, “un síntoma evidente del interés que el tema suscita en la población”, como indicó el portavoz de Abate, Alfonso Casas. Una acogida popular “que -se lamentó- contrasta con la pasividad de la Administración ante la propuesta de construir en Teruel un gran museo sobre la Guerra Civil que englobe este tipo de restos”.

Abate defiende ante la Administración el potencial turístico y cultural que tendría el primer gran museo sobre la contienda española, que se complementaría con rutas por el entorno de la ciudad para ver los abundantes restos de la Guerra Civil, como los de la línea X-Y-Z, que se extiende desde el Mediterráneo hasta las sierras turolenses. Sin embargo, la respuesta de las instituciones no se ha concretado tras varios años de debate.

Para Fernando Milla, uno de los asiduos a las excursiones a restos de fortificaciones organizadas por Abate, ver sobre el terreno los vestigios materiales de aquel episodio “ayuda a hacerse una idea de lo que debió padecer aquella gente”. Milla explicó que, como turolense, está muy interesado en “un hecho histórico tan importante como la Guerra Civil en la provincia”. Agregó que las Jornadas no se quedan en charlas de expertos, al incorporar una jugosa vertiente práctica con testimonios de protagonistas y salidas al campo.

Entre los elementos más relevantes de la línea de fortificaciones, que se extiende por cientos de kilómetros a través de montañas y valles, figuran los refugios para los soldados. Se trata de construcciones cubiertas con una bóveda de cemento armado apoyada en un zócalo de mampostería, todo ello cubierto de tierra y rocas para facilitar su camuflaje.



Participantes en la excursión de las Jornadas sobre la Guerra Civil observan los restos de una trinchera en Javalambre. A. GARCÍA

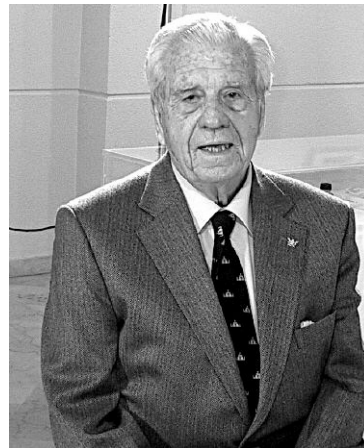
ENRIQUE AZCÁRRAGA | ALFÉREZ PROVISIONAL ‘NACIONAL’ DURANTE LA BATALLA DE TERUEL

“La situación del Seminario fue más penosa que la del Alcázar de Toledo”

Enrique Azcárraga, alférez provisional que defendió el Seminario durante la Batalla de Teruel, tuvo una lápida funeraria en el cementerio de la ciudad y figura en el listado de bajas del Valle de los Caídos. Azcárraga, vitalista y lúcido a sus 90 años de edad, relata con ironía aquel malentendido. “Estuve enterrado y con lápida y todo”, dice. Recuerda la penosa situación que vivió en el Seminario. Al ataque republicano se unían el hambre, la sed y el frío. Pero, sobre todo, se le marcó el “sufrimiento de los civiles refugiados, entre los que había muje-

res y niños”. Recuerda que al estallar las minas republicanas se producían hundimientos y “veíamos a los heridos morir lentamente sin poder asistirles”. A su juicio, “aquello fue peor que el Alcázar de Toledo, donde los republicanos estaban peor organizados y con menos medios”. El exmilitar opina que la defensa estuvo bien dirigida por Rey d'Harcourt, “que actuó de forma valerosa pero que no pudo impedir la pérdida de la ciudad, protegida por 4.000 hombres, frente a los 90.000 atacantes republicanos”.

L. R.



Eugenio Azcárraga. HERALDO

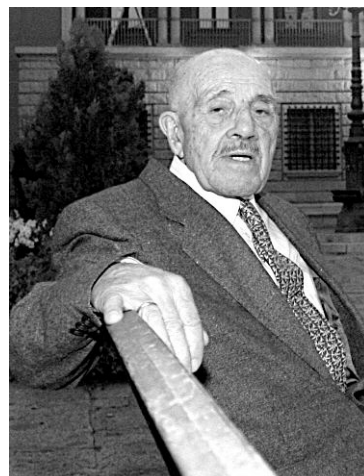
JOAQUÍN CALVO | PILOTO DE UN AVIÓN DE CAZA REPUBLICANO CONOCIDO COMO “CHATO”

“No teníamos calefacción en las cabinas y pasábamos mucho frío en cada vuelo”

Joaquín Calvo, piloto de un “chato” republicano formado en la Unión Soviética, recibió su bautismo de fuego con 19 años en Teruel. Debido a su inexperiencia, confundió “la caída de dos bombas sobre la plaza de toros con dos aviones republicanos derribados”. Por entonces -principios de 1938-, tenía su base de operaciones en el Toro (Castellón). Su principal recuerdo de su etapa como aviador de guerra es el frío. “No teníamos calefacción en la cabina y pasábamos mucho frío. La respiración se helaba y el bigote acababa todos los vuelos cubierto de escarcha”, relata.

Explica que llegó a volar a 8.000 metros de altura sin oxígeno, aunque “la escasez de oxígeno no se empezó a notar a los 4.000”. Sus peores adversarios en el cielo turolense fueron los cazas alemanes Messerschmitt, más modernos que los maniobreros “chatos” de fabricación rusa. Sin embargo, la principal causa de la supremacía franquista en el aire se debía, en su opinión, “al número de aparatos, que nos obligaba a combatir siempre en inferioridad de condiciones”. Tras la contienda, fue condenado a 25 años de prisión, de los que cumplió dos.

L. R.



Joaquín Calvo. ANTONIO GARCÍA

Disponían de una chimenea y, en muchos casos, de dos accesos independientes. En el interior cabían una docena de hombres. Algunos de estos habitáculos, de unos dos metros de alto en la zona central, están en perfecto estado de conservación o rellenos de tierra y cascotes.

El paso del tiempo ha favorecido su integración en el paisaje, en el que pasan totalmente desapercibidos, al igual que las trincheras asociadas, apenas apreciables. Los abundantes restos de latas de conserva oxidadas y fragmentos de granadas Lafitte son los únicos indicios en superficie de la intensa actividad militar que se registró en la zona hace setenta años.

La Guerra Civil entraba en su etapa final cuando el frente llegó a la sierra de Javalambre y a su sistema de fortificaciones -defendido por diez mil hombres-. Tras quedar frenado en la línea X-Y-Z, el avance franquista se dirigió a Cataluña. Alfonso Casas, que ha estudiado los restos materiales de la contienda en la provincia, explica que, cuando el conflicto terminó, la línea defensiva de Valencia no registraba apenas actividad. “Los soldados abandonaron las municiones y el armamento y se fueron a sus casas”, relata. Los fortines, las trincheras y los refugios quedaron abandonados para siempre.

La excursión puso punto final a las Jornadas sobre la Guerra Civil, por las que han pasado historiadores, documentalistas y protagonistas directos de los combates. Abate anuncia que, en principio, no habrá más ediciones de las Jornadas, que han contado con el patrocinio del Ayuntamiento de Teruel, de la Diputación y de la Fundación Siglo XXI. Sólo un impulso definitivo al museo sobre la Guerra Civil por parte de la Administración podría cambiar la decisión de dar el cerrojo.

LUIS RAJADEL